

ENCUENTROS



*“Downtown” paraíso:
reflexiones sobre identidad
en Centroamérica*

Conferencia de

Julio Escoto

CENTRO CULTURAL DEL BID

Coordinación General y Artes Visuales: Félix Angel

Coordinación General Asistente: Soledad Guerra

Conciertos y Conferencias: Anne Vena

Programa de Desarrollo Cultural en la Región: Elba Agusti

Colección de Arte del BID: Gabriela Moragas y Susannah Rodee



El Centro Cultural del BID fue creado en 1992 por Enrique V. Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El Centro tiene dos objetivos principales: 1) contribuir al desarrollo social por medio de donaciones que promueven y cofinancian pequeños proyectos culturales con un impacto social positivo en la región, y 2) fomentar una mejor imagen de los países miembros del BID, con énfasis en América Latina y el Caribe a través de programas culturales y entendimiento mutuo entre la región y el resto del mundo, particularmente de los Estados Unidos.

Las actividades del Centro en la sede promueven talentos nuevos y establecidos provenientes de la región. El reconocimiento otorgado por las diferentes audiencias y miembros de la prensa del área metropolitana de Washington D.C., con frecuencia ayudan a impulsar las carreras de nuevos artistas. El Centro también patrocina conferencias sobre la historia y la cultura América Latina y el Caribe y apoya emprendimientos culturales en el área de Washington D.C. relacionados con las comunidades locales latinoamericanas y del Caribe, como por ejemplo, el teatro en español, festivales de cine y otros eventos.

Las actividades del Centro, a través del *Programa de Artes Visuales* y de la *Serie de Conciertos y Conferencias*, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El *Programa de Desarrollo Cultural en la Región* se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que impulsan el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La *Colección de Arte del BID*, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisféricas que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

“DOWNTOWN” PARAISO: REFLEXIONES SOBRE IDENTIDAD EN CENTROAMERICA

Julio Escoto

Presentación

Esta tarde los invito a conocer, por medio de esta charla, una región tan grande (509.640 km²), que aun sin Belice su territorio se extiende casi doce veces más que Holanda y casi cinco más que Islandia. Pero tan pequeña es la región al mismo tiempo, que apenas dibuja una colorida serpentina en el mapa de América. Con 36 millones de habitantes—poco más que la población del valle de México—, 510 años de haber sido descubierta, y apenas 181 de haberse independizado, esta región ha atraído la atención del mundo entero en los noticieros internacionales.

La región está habitada por diversos grupos étnicos y raciales, algunos tan antiguos como los sucesores de los mayas milenarios y otros tan jóvenes como los garinagus, quienes llegaron a su litoral atlántico en 1796. Es vía de tránsito para transeúntes y aventureros de todas partes, campo de lidia de los grandes imperios de la historia, y en su territorio se

hablan las principales lenguas de la Tierra y se reza a todas las deidades.

Ha parido mártires, beatos y cardenales, pero también feroces guerrilleros y tiranos. En la década de los noventa del siglo pasado dio al mundo un ejemplo de paz maravilloso con los Acuerdos de Esquipulas, pero apenas 60 años antes, en 1932, protagonizaba una de las peores masacres de campesinos de todas las épocas, durante la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador (Acuña Ortega, 1992).

La región ha producido científicos extraordinarios, como Salvador Moncada, candidato al Premio Nobel; astronautas como Franklin Chang Díaz, y también obreros, profesionales y futbolistas diestros, pero los exporta a países más desarrollados, desde donde sus remesas familiares sostienen a sectores importantes de la economía.

Si se contaran sus riquezas marinas, forestales, mineras y agropecuarias, se encontraría que podría alimentar a la mitad de los famélicos de la tierra. No

“Downtown” paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica se presentó en el Banco Interamericano de Desarrollo, en Washington, D.C. el 31 de enero de 2002 como parte del programa de Conferencias del Centro Cultural del BID.

obstante, sigue siendo una de las zonas más pobres del mundo.

La región posee toda variedad de accidentes naturales —valles, volcanes, mares, montañas, selvas, bosques—, pero cada año sufre sequías e inundaciones, escaseces y hambrunas. Su hospitalidad ha atraído a personajes tan cautivadores como José Antonio Maceo y Carlos Manuel de Céspedes, declarado posteriormente “Padre de la Patria” en Cuba (Antúnez, 1989), así como a José Martí, quien vivió en ella, y al filibustero William Walker, que se impuso como mandatario en uno de los países que la integran. Amparó al cuentista estadounidense O’Henry cuando huía de la justicia en su país, y al lúbrico poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, y antes también a Hernán Cortés, quien caminó 500 leguas para conocerla; a los piratas Francis Drake, Parker, Morgan y François L’Olonnais, quienes destruyeron sus principales ciudades, y a Oliver North, quien conspiró en su territorio en 1981 (Woodward, 1987).

No es necesario, tras tan extenso preámbulo, que presente por su nombre a la ilustre invitada de esta noche. Sin embargo, en aras de la cortesía, me es grato presentarles a la joven Centroamérica, bautizada por Cristóbal Colón como Indias Occidentales y por las autoridades españolas del siglo XVI como Reino de Guatemala. Fue durante 18 meses Provincia del Imperio de Agustín Iturbide, Emperador de México (1822); en 1823, se llamó Provincias Unidas del Centro de América para los independentistas; posteriormente, República Federal de Centro América durante el mando de los positivistas liberales (Pinto Soria, 1992); fue nombrada “Poyais” por el mítico rey

de La Mosquitia y el escocés Gregor MacGregor (Flores Andino, 1989), y descrita por Pablo Neruda, en su *Canto general*, como “cintura de América”.

¿Qué es este istmo rodeado de mares hermosos, asperjado de islas edénicas, dueño de la más sorprendente zoología —atrapada en sus contornos desde el cataclismo que formó la Tierra— y de una flora que podría ser fuente de miles de medicamentos beneficiosos para la humanidad? Es todo ello y muchas cosas más, pues Centroamérica vive hoy en día uno de sus momentos más trascendentales, un gran período de cambio o etapa de transformación, un proceso evolutivo cuyo final es difícil de pronosticar.

El istmo, cabe recalcar, siempre ha revelado una intensa inquietud por su propia identidad. Sometida actualmente a fuertes presiones para que se incorpore a la mecánica moderna de la globalización, Centroamérica atisba el futuro desde su pasado cercano y el lejano también. Como una doncella temerosa de abandonar el hogar para emprender la vida independientemente, la región asimila las culturas modernas a través del cristal de su propia biografía. Cada uno de sus países insiste en precisar su descendencia de las culturas milenarias o centenarias que formaron en algún momento su base de identidad, para ampararse en ellas y no extraviarse. No hay un solo Estado centroamericano que no celebre el día del héroe indígena nacional, ya sea Tecún Umán, Lempira, Atlacatl, Nicarao, Pablo Presbere, Nicoya o Urraca. E incluso la recién incorporada nación de Belice explora en los arrecifes de la memoria para conocer los cimientos de su existencia, sin despojarse, forzosamente, del gran peso de su génesis cultural británica.

Este fenómeno, que es sumamente interesante, muestra cómo la región percibe, quizás intuitivamente, sin despreciar los avances de la modernidad y la posmodernidad, que no le conviene ceder inocentemente a la influencia de culturas foráneas, sino practicar un género de simbiosis que le permita aprovechar dicha influencia, siendo a la vez ella misma.

El lenguaje

Hay indicios de que el fenómeno del lenguaje evoluciona de un modo natural. Entre las nuevas generaciones es cada vez más habitual, por ejemplo, hablar inglés, pero también hay cierta tendencia a “nacionalizar” este idioma. El inglés, lengua ubicua —de allí el título de esta conferencia—, se ve sometido a curiosas adaptaciones locales.

El *watchman* o vigilante que circundaba las propiedades bananeras de antaño ya no es recordado como tal; hoy se ha transformado en el “guachimán” local que vigila los barrios citadinos. Los hondureños decimos “chapear” por recortar un prado, y ello viene del viejo *shaping* o poda del jardín. Entre los obreros de los ferrocarriles, que en Centroamérica tuvieron mucha importancia después de 1850, el lenguaje es sumamente rico, y en las universidades numerosos especialistas se dedican a investigar no sólo este lenguaje, sino muchas otras formas gremiales de hablar. Incluso existen ya catálogos exhaustivos sobre la riqueza lingüística de los trabajadores bananeros, de los obreros del azúcar, de los campesinos y la gente de mar, sin faltar, desde luego, el habla de la población urbana joven, constructora de instrumentos de comunicación que cambian con celeridad y

que expresan su propia visión del mundo.

En el Caribe, por ejemplo, todavía hay quienes llaman a la moneda de diez centavos un “daime” por el viejo *dime* norteamericano, y no faltan ancianos de piel curtida que hablan de una “cuara” para referirse al *quarter* o moneda de 25 centavos, mientras que en el litoral atlántico de Nicaragua persiste el recuerdo del “grinbac”, es decir, el billete de un dólar (*green-back*) que se caracterizaba por su color verde en el reverso. Aún encuentro adultos que en la calle solicitan un “búfalo”, o sea, la moneda norteamericana con la figura de esa bestia en una de sus caras.

Según un humorista hondureño, Armando García, en los tiempos de la llamada “Mamita Yunai”, o sea, la United Fruit Company, había un ferrocarril que cruzaba los campos bananeros en domingo y que en cada vagón ostentaba un rótulo que decía *Merchandise*. Su presencia continua llevó a la gente a renombrarlo pronto como el “machangai”, hoy un tren mítico, y asimismo acabaron bautizando de “brequero” al empleado que levantaba la bandera del *brake* al acoplar los vagones, “venenero” al fumigador de plantas (por *venom*, escrito en las latas del producto), y “yardero” (por *yard*) a quien cuidaba los jardines.

En Limón, Costa Rica; Bluefields, Nicaragua; Bocas del Toro, Panamá; y Livingston, Guatemala —no así en los territorios mestizos—, los descendientes afrocaribeños se comunican en un inglés reformado, casi reconstruido a partir de sus experiencias históricas.

En las zonas urbanas, en cambio, el fenómeno lingüístico del siglo XXI se da con el *spanglish*, un híbrido que está co-

brando fuerza del mismo modo en que lo hicieron las lenguas romances cuando se desprendieron del latín, y este fenómeno podría conducir a la maravillosa formación de otra lengua americana. Según los académicos, el *spanglish* puede ser una vía transitoria de comunicación, o bien una jerga que se hará dialecto, quizás hasta llegar a ser un nuevo idioma. Treinta millones de hispanoparlantes hablan *spanglish* actualmente en Estados Unidos.

Pero en Centroamérica también hay áreas donde se sigue hablando un español tan puro que parece haberse conservado inalterado desde la época de los conquistadores. En lugares como el interior rural de El Salvador y Honduras, Matagalpa en Nicaragua, Santa María de Dota en Costa Rica o la cordillera central de Panamá, no es raro escuchar adverbios arcaicos como “agora”, conjugaciones primigenias como “vide”, metaplasmos como “crocodilo” o saluciones respetuosas como “su merced”, desusadas ya en comunidades modernas.

Aunque es cada vez más raro, ese apego a la casticidad ha permitido la supervivencia de una poesía popular arraigada en las montañas, los valles y las serranías de América Central, usualmente expresada al trino de la guitarra. Es la poesía de los rimadores de feria, de las comunidades cristianas de base, de los marianos, evangélicos y menonitas que cantan en octosílabos, eneasílabos o endecasílabos clásicos desde Solentiname a Chontales, de Choluteca a Olancho, de Escazú a Guápiles, de Quetzaltenango a Golfo Dulce, de San Miguel a La Palma y de Farallón a Paso Canoas.

Es una poesía con formato clásico que nutre de savia americana a los certáme-

nes provinciales de literatura, a las plazas de pueblo y a las cantinas donde, con o sin acordeón, se relata el amor bien o mal pagado, se plagian rancheras y se ensalzan hazañas locales. Es una poesía ingenua que va desapareciendo y de la que queda muy poco recuerdo, pese a la labor de dos institutos que investigan el arte popular en Guatemala y Costa Rica.

La palabra

Los ejemplos anteriores destacan la existencia de una Centroamérica que se resiste a las etiquetas simplistas. Gracias al uso imaginativo de la lengua, haciéndola un instrumento conservador pero a la vez de cambio, los pueblos sujetan las riendas de la tradición y la obligan a marcar el paso, renovándose sin cambiar drásticamente. El lenguaje compartido es ancla que asegura la permanencia de los valores, que los acomoda y facilita el intercambio, permitiendo a los habitantes sentirse parte de alguna forma de comunidad, no suficientemente definida pero viva al fin. La lengua cumple además otra función vital y terapéutica: permite desahogar libremente la frustración y la alegría entre tantos males políticos y de otra índole.

Son pocas las naciones tan hábiles como las centroamericanas en el manejo del humor lingüístico, sobre todo en el ámbito del Caribe. La aceptación de un gobernante puede medirse muchas veces —con más exactitud que mediante una encuesta— por la cantidad de chistes “políticos” que se fabulan en torno a su administración. En las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado, a diferencia de ahora, el ridículo público podía corroerle la base del poder a

un presidente. En el caso de Ydígoras Fuentes en Guatemala y de Ernesto Cruz en Honduras, así como en el de las dictaduras militares, los muchos chascarrillos diseminados arrojaron dudas sobre sus mandatos. Se dice de José Napoleón Duarte y Rodrigo Carazo, ambos muy ecuanímenes, que consultaban a sus amigos sobre la última humorada que el pueblo les había inventado.

El filósofo Henri Bergson observó que esa clase de humor nace de la rigidez y visión pétrea, formal, sobre todo de los académicos, funcionarios y gobernantes, visión que los obliga a adoptar conductas poco naturales. Ceñidos al protocolo, dichos personajes se acartonan, asumen posturas de dómynes, olvidando que su cargo no es permanente, sino una distinción temporal. De ahí que el pueblo reaccione ante ellos ironizando su robotización, su conducta y personalidad mecánicas, obligándolos a recordar en todo momento su próximo descenso del Olimpo, es decir, su condición de igualdad con el pueblo. Si se compilaran muestras del humor político nacido en Centroamérica, se podría editar una antología con cientos y cientos de tomos, cada vez más actualizados.

Para ponernos al día, el más reciente ejemplo que he escuchado de este tipo de humor es un chiste sobre un jefe de seguridad en tiempos del sandinismo, tan severo y rígido, tan dueño de su profesión, que una vez para distraerlo lo llevaron a pescar. Pero frustrado por la poca monta de la caza, subió en cólera y agarró por las agallas a un pez chico que tuvo la mala fortuna de morder el anzuelo. “Hoy sí vas a decir la verdad”, lo abofeteó el jefe político. “Me vas a confesar dónde están los peces gordos...”

El incidente pudo haberse dado en cualquier lugar del istmo, pues para que un centroamericano haga bromas, basta con darle un poco de confianza; para que invente apodos inverosímiles, apenas necesita un margen de intimidad; y para que suelte chistes y anécdotas, basta reunirlo con otros y celebrarle el primer chiste que narre. Entonces se presencia tal desplante de energía que se recomienda tener precaución, ya que en ese ejercicio lúdico —pues todo se trata de un juego— podrán aparecer la ironía y el ingenio, el retozo y la chacota, la jocosidad y la comedia, pero también la sátira y el sarcasmo, la burla y el ridículo, la crueldad y la impiedad.

Es evidente, pues, que el lenguaje asume una importancia vital entre nosotros. Es un vehículo ideal para contrarrestar los dramatismos afectivos, pues siempre hay alguien que aligera el acontecimiento más solemne con una broma. Aún hoy, los adolescentes interrumpen el momento climático de una obra teatral con algún chascarrillo, defendiéndose así de un sentimiento que no pueden manejar.

El lenguaje es antídoto para el dolor y el sufrimiento, que son mitigados por una frase burlona. El lenguaje es, además, un ejercicio maravilloso por sí mismo; es encantador, cautivador e hipnótico, particularmente cuando proviene de hábiles oradores, quienes con su carisma ejercen un atractivo especial sobre los centroamericanos. Las arengas civicomilitares de Francisco Morazán en el siglo XIX (Ortega, 1991); las proclamas de Augusto César Sandino, estratégicas y a la vez poéticas; los discursos mesiánicos de José Figueres al arrancar su revolución de 1948; la retórica de Juan José Arévalo en Guatemala y de Ramón Villeda Morales

en Honduras a mediados del siglo anterior; los versos de Rubén Darío, conocidos por todos; el poema “La niña de Guatemala”, de José Martí, que se repite en las escuelas a pesar de su cruel testimonio de infidelidad; la palabra viva como fulminante emotivo, la palabra política que no convence pero enciende la chispa rebelde que todos anidamos dentro, la palabra bien elaborada y formada como muestra de inteligencia y superioridad, es decir, la palabra como receptáculo de todo un cosmos complejo, esa palabra múltiple, gracias a su magia, seduce a los centroamericanos con la fuerza irresistible de un huracán, haciéndolos sentir que, por siquiera un instante, han protagonizado el palpito del mundo.

Uno de los discursos más famosos que recordamos los hondureños es el que pronunció Alvaro Contreras cuando se develó un busto a Francisco Morazán en San Salvador el 15 de septiembre de 1882. Aquella bella alocución arrancaba con las palabras “estamos en presencia de la personificación en bronce del primer héroe centroamericano”, y concluía con “suprimid el genio de Morazán y habréis aniquilado el alma de la historia de Centroamérica”. Ese manejo verbal marcó en muchos de nuestros intelectuales un concepto nuevo de la palabra: que debe ser administrada, no sólo pronunciada.

El centroamericano en general es singularmente adepto a admirar la música de la palabra, la maravilla de organizar mentalmente sustancias etéreas, como las del lenguaje, para construir y proponer mundos, y de allí que continúe escuchando a sus políticos, tanto a los veraces como a los mentirosos, para descubrir no lo que proponen (pues ya no se les cree), sino cómo lo proponen. La palabra, pues, nos

construye y “desconstruye”, expresa nuestra complejidad, contribuye a perpetuar el “yo” colectivo.

De allí que sea Centroamérica una de las zonas del mundo donde se está creando la literatura más provocadora. La novela histórica, que se creía muerta, por lo menos en su estilo tradicional, ha regresado con gran vitalidad para rescatar de la memoria atávica aquello que se halla depositado, como magma latente o géiser anhelante, en el subconsciente colectivo (Menton, 2002). A diferencia de los pesados tomos de la novela rusa de anales, atiborrada de detalles sobre hechos y personalidades, la narrativa centroamericana de hoy procrea un nuevo modelo. De una u otra forma, su personaje principal es el pueblo llano y perenne, ése que, a pesar de las magulladuras del destino, permanece vivo, se rehace y recompone tras cada experiencia traumática para proseguir su anhelo de paz y solidaridad.

Gracias a ese esfuerzo por clarificar y desmitificar la historia, en la actualidad disfrutamos de obras literarias que confrontan sucesos cercanos o lejanos, como la gesta de Sandino (Gloria Guardia, *Libertad en llamas*), la pesadilla somocista (Sergio Ramírez, *Margarita, está linda la mar*), la identidad centroamericana (Julio Escoto, *Rey del Albor. Madrugada*), lo “caribe” (Lizandro Chávez Alfaro, *Columpio al aire*, cuentos), el erotismo socializado (Frank Galich, *Devórame otra vez*), la revolución transada (Manlio Argueta, *Los poetas del mal*, inédito), el caos ético (Marco Antonio Flores, *Los compañeros*), o el mito que viene desde el futuro (Roberto Castillo, *La guerra mortal de los sentidos*, obra inédita).

Quizás me equivoque, pero son dos las zonas del mundo donde la globalización

cultural encontrará resistencia, y éstas son Europa y América Latina, al fin hermanas, primas o sucedáneas. No se trata de una resistencia ciega o irracional, sino de una resistencia contestataria que es, igualmente, de orden cultural. Las raíces de las naciones centroamericanas son tan profundas y vitales, y a la vez tan desconocidas, que emanan por instinto natural de conservación para no ser avasalladas. De allí la fuerza de su permanencia.

La música

Hablar de la música de la palabra sin citar la palabra musical sería injusto e incompleto. Uno de los fenómenos extraordinarios en la Centroamérica de hoy es la gran ambición musical. Si se trazara un mapa de los ritmos, aires, tonadas y compases de todo el Caribe centroamericano, probablemente no lo podríamos abarcar con la mirada, tan grande sería el territorio que tendríamos que dibujar. Sin ánimo de ser exhaustivo, la costa atlántica del istmo despierta cada mañana mecida por merengues, boleros, salsas, vallenatos y *reggae*. Pero además, una música continua circunda en el aire, trasladándose de una a otra isla, de una costa a otra. Desde el alba se encienden radios y aparatos de sonido para despertar al día con *soul* y *calypso*, o su combinación, el *soca*. Se baila la parranda de Belice, el palo de mayo de Nicaragua y el tamborito de Panamá, o se hace un poco de *biguine*, *pop* o *funk*. Las cabezas se mueven, los pies no cesan de girar al escuchar el papiamento, una lengua nueva que procede del holandés, portugués, inglés, español y francés, y que nadie entiende pero a la que todos danzan. Huele a pescado frito, un olor inquietante que pene-

tra por el olfato y se queda en la piel.

A la tarde alguien toca al saxofón varios trozos de jazz o interpreta en *créole* algo de *zouk* pringado con lamentos de *spiritual*, recordándonos así a Nueva Orleans. O bien se bailan el compás y *méringue* de Haití, o la punta de los garinagus, un son de fuego que comenzó siendo ritual funerario y que se destila poco a poco en la sangre como un potente licor.

El tema de la identidad

Todo lo anterior guarda una marcada y profunda relación con el incesante afán de los pueblos de Centroamérica por encontrar su propia identidad. Una analogía sencilla, pero en nada arbitraria, se puede trazar entre Centroamérica y una adolescente en la etapa difícil de su formación y del asentamiento de su personalidad. Siendo jóvenes los pueblos que la constituyen, carecen de un conocimiento profundo y sólido de su historia y navegan entre la búsqueda y las primeras definiciones, entre lo que son y lo que quisieran ser. Comienzan a perder la inocencia y a la vez a adquirir conciencia de su potencial.

Este periplo se manifiesta mediante un interesantísimo proceso de rescate de valores y acontecimientos históricos. Durante muchos años, quizá siglos, la historia de la región fue escrita por los vencedores de los sucesos políticos, por elites culturales que usualmente pertenecían a la clase social superior o cuya óptica estaba teñida con los colores de sectores políticos tradicionales, cuando no religiosos.

Cada recuento de un suceso público generaba polémica, pues casi inmediatamente el sector intelectual opuesto res-

pondría con una segunda interpretación, en ocasiones con documentos probatorios, en otras con simple denuedo o libelo. Como consecuencia de ese duelo centenario, la historia de Centroamérica nunca fue escrita con objetividad, lo cual produjo una gran confusión. A uno de los historiadores más respetados de Centroamérica, Lorenzo Montúfar, se le acusa precisamente de haber destruido documentos históricos que se oponían a su ideología liberal. De ahí que para valorar —cito un caso— el episodio de William Walker en Centroamérica, los investigadores se vieran obligados a consultar fuentes contradictorias, según provinieran de escritores liberales demócratas o conservadores legitimistas.

Para precisar las razones que condujeron a la independencia de Panamá y clarificar la motivación de quienes la lograron, debieron transcurrir muchas décadas. En Costa Rica los analistas aún no se ponen de acuerdo sobre el papel libertario o dictatorial de Francisco Morazán (Cáliz Suazo, 1997). En Honduras el Partido Nacional continúa erigiendo como figura máxima al General Manuel Bonilla, mientras que el Partido Liberal lo recuerda por haber promovido un golpe de estado con recursos de las compañías bananeras, a las que luego otorgó jugosas contrataciones. En El Salvador sigue siendo objeto de polémica Manuel José Arce, primer rebelde independentista pero también primer corruptor de la Federación. Aún hoy, el gran Miguel Ángel Asturias es más recordado en Guatemala por haber aceptado cierta misión diplomática que por sus creaciones literarias. Basta con abordar cualquiera de estos temas para que la conversación se incendie con argumentos, réplicas y oposicio-

nes, pues el residuo de aquella manera partidista de ver la historia sigue ejerciendo su efecto.

Hacia la década de los setenta, sin embargo, comenzaron a regresar a nuestros países los primeros historiadores científicamente formados, usualmente en el exterior. Traían consigo los mejores instrumentos analíticos, pero también —¿por qué no decirlo?— se hallaban polarizados por el combate ideológico de la guerra fría. Mientras unos se aproximaban a la realidad con una visión estructuralista, por ejemplo, otros lo hacían desde la óptica materialista, convirtiendo su objeto de estudio en un nuevo campo de batalla, esta vez el de la interpretación intelectual. Afortunadamente ha prevalecido el canon profesional y actualmente numerosos institutos de investigación y centros universitarios e independientes se esfuerzan por poner orden al marasmo referencial del siglo XIX, e incluso del XX, a fin de asentar una base comúnmente aceptada a partir de la cual comenzar a escribir la historia regional.

La tarea está plagada de retos. En primer lugar, la mayoría de los historiadores de antaño relataban los sucesos por viva voz o por segundas confidencias. Con excepción de Eduardo Martínez López, que fue, hasta donde se conoce, el único autor que logró estudiar los legajos del archivo de la República Federal de El Salvador antes de que éste se incendiara en la década de 1850, el resto de los cronistas que tratan el tema lo hicieron amparados en obras previas o en relatos personales. El testimonio o relato personal es válido, desde luego, para describir un suceso específico y se acepta hoy en día como un elemento de la microhistoria, pero requiere de la certificación de otras

voces, otros testimonios que contribuyan a su precisión, cosa que no solía ocurrir en el siglo XIX.

En segundo lugar, ninguno de aquellos historiadores, con rarísimas excepciones, validaba sus crónicas con referencias bibliográficas, documentos, fuentes sólidas y ese ejercicio tan saludable que es la aceptación de la divergencia, es decir, la exposición del argumento contrario para derivar una síntesis. Gran parte del volumen de libros de historia que conocimos hasta la década de 1950 estaba construida con base en la preferencia personal, la interpretación sesgada y, muchas veces, el ocultamiento de los hechos.

Puede decirse abiertamente que las generaciones anteriores a mediados del siglo XX fueron educadas ante el espejo de cierta versión oficial, que insistía en contemplar los hechos humanos con un lente anecdótico y focal, no como un proceso; en ver la realidad como una sustancia cronológica, no social, y en hacer cortes sincrónicos que, desde luego, nublaban el panorama en vez de iluminarlo. Hacían falta, además, esos grandes centros que hoy en día son recopiladores confiables de la prueba testifical, instituciones de la categoría del Archivo de Indias en España, o de la Biblioteca del Congreso en Estados Unidos, para citar sólo dos, donde se nutre el gran esfuerzo de clarificación regional en que estamos empeñados todos.

Esto basta para comprender, ahora, la inmensa tarea que significa acceder a esa gran memoria nacional y, más aún, regional, que son preocupación visceral —magma sofocado o río subterráneo— en Centroamérica. Pues a causa de aquella monstruosa distorsión histórica de siglos y décadas anteriores nacieron los

mitos y el menoscabo de la hermandad que debió existir siempre entre naciones amarradas a un destino similar: mitos, percepciones erradas, deformaciones, dudas, desconfianzas entre un Estado y otro, separación de pueblos, pérdida de la semilla de la integración regional. La situación de recelo es aún tan grave, que recientemente, hace apenas seis meses, los Presidentes de Centroamérica debieron suscribir en Guatemala un Pacto de No Agresión, en pleno siglo XX, para declarar al mundo que por fin hemos superado los fieros instintos de la tribu nómada y que aspiramos a convivir en paz.

Quiero decir con todo esto que la psicología centroamericana es tan compleja, que necesita no un siquiatra, sino un experto "panificador" espiritual, un maestro que amase las partes separadas y las junte, que aglutine la leche, la yema y la harina, que ya están allí, para hornear al nuevo hombre centroamericano del siglo XXI. Y ese panificador es, desde luego, la educación, el gran esfuerzo o plan desmitificador que derrumba las diferencias y nos asimila a la gran nación que merecemos ser, sobre todo en nuestro delicado tránsito hacia la globalización.

Los mitos de la identidad

Parte de la función civilizadora consistirá en borrar muchos mitos, desde luego (Sebreli, 1992). Comencemos por citar los mitos históricos, pues sólo el que sabe de dónde proviene conoce el sitio hacia donde va. Uno de esos mitos trascendentes es el de nuestros primeros héroes, es decir, las figuras en quienes afincamos los fundamentos de nuestra vivencia actual. Habrá que explorar exhaustivamente el Archivo de Indias para conocer quiénes

fueron los líderes de la resistencia a la conquista española, pues su ejemplo de primera autoctonía, que es decir de libertad, podrá inspirarnos. Pero también se deberá reconocer cuándo y dónde se mezclaron las primeras sangres del conquistador y el conquistado, de quiénes fueron el primer semen y el primer óvulo fecundado, pues ese ejemplo virginal de tolerancia y convivencia también nos alimentará.

Los héroes indígenas. Esta es una labor exhaustiva que exige el más honesto esfuerzo intelectual. Según el historiador Mario Felipe Martínez (Martínez Castillo, 1989; Sosa, 1999), el cacique Lempira, figura epónima de la identidad de Honduras, no cayó abatido por infame traición de los capitanes españoles de Alonso de Cáceres (Barahona, 1991), como se sostuvo durante doscientos años en los textos escolares, donde se aseveraba que se le engañó para poder dispararle a mansalva. Ahora sabemos que cayó en un combate de cuerpo a cuerpo, es decir, en un trance bélico entre pares.

Asimismo, diversos intelectuales salvadoreños —Pedro Escalante Arce entre ellos— acusan al escritor Jorge Lardé y Larín de haber inventado para el panteón indígena una figura heroica, a la que nombró Atlacatl, a quien aún hoy en día se considera símbolo de la rebeldía que siempre ha caracterizado al noble pueblo de El Salvador.

Fuentes y Guzmán, autor de la bella crónica *Recordación florida*, concluye su relato sobre la muerte del héroe guatemalteco Tecún Umán a manos de Pedro de Alvarado en una forma metafórica de consabida calidad poética pero de dudosa objetividad. Según Fuentes y Guzmán,

en el último combate en las llanuras de Quetzaltenango, Tecún Umán vuelve a su forma “natural”, es decir, a su naturaleza de quetzal, para dirigir la batalla desde el aire, hasta que el conquistador ibero lo atraviesa con su lanza (Fuentes y Guzmán, 1933).

En las cercanías de San Pedro Sula, Honduras, pueden contemplarse aún las ruinas de lo que fue un bastión de resistencia indígena llamado Palenque (Pastor Fasquelle, 1995), sobre el cual otro historiador ha propuesto la discutible tesis de que albergó a Gonzalo Guerrero, el español renegado en Yucatán, quien habría adiestrado allí a los indígenas en el arte de combatir las sofisticadas armas españolas.

El pueblo afrocaribeño garífuna (kalinagu), que habita en las costas de Belice, Honduras y Nicaragua, narra en sus leyendas haber comerciado con el litoral atlántico de Nicaragua desde 1750 y haber sido deportado por los ingleses —un total de 3.338 personas—, en marzo de 1797, a la isla hondureña de Roatán (Leiva Vivas, 1982). El motivo fue una rebelión (1795) que en San Vicente dirigiera su héroe Joseph Chatoyer o Satuye (Meléndez, 1987), pero no hay documentos finales que atestigüen esas hazañas.

Finalmente, cabe afirmar que estos próceres así resaltados por la memoria atávica, quienes han sido elevados a la categoría de figuras epónimas en cada uno de sus países, no fueron los únicos en levantar la antorcha de la libertad contra la dominación europea, sino que muchos más, quizás centenares, encabezaron en cada una de sus regiones la defensa del territorio y del pueblo en peligro, pero su historia tampoco ha sido escrita.

Lo que nos enseña la recopilación anterior es la intensa búsqueda de la memoria social centroamericana y, a la vez, la escasez de una memoria certificada. Hasta el presente la visión de mundo de los ciudadanos del istmo se apoya sobre un conjunto más o menos condensado de referencias presuntamente históricas, creencias, transferencias orales y nuevos hallazgos que con frecuencia contradicen la típica “historia oficial”. Es decir, que vivimos en este momento un gran e interesante proceso de investigación de las raíces comunes pero, por lo mismo, también en un limbo o espacio neutro en que los valores del presente tendrán que ser modificados y cambiados, ya que, como afirma la lógica filosófica, “para emprender el cambio debe tenerse conciencia primero de lo que se cambia” (Bronowski, 1973). Como es natural, esta etapa de redefinición y reencuentro es vital para la formación de la identidad.

Los héroes del mestizaje. No menos crítica es la indagatoria sobre los héroes —llamémosles así— mestizos propios de la época colonial, la independentista y la posterior a la independencia. El personaje más controvertido es, desde luego, Francisco Morazán, idealizado por los salvadoreños y casi divinizado por los hondureños, pero también detestado por los guatemaltecos y sobre todo por los costarricenses.

Algunos estudios recientes acerca de esta importante figura de la Federación centroamericana describen su habilidad para imponer su criterio, su incapacidad, casi genética, para negociar con los elementos conservadores y con la Iglesia, su consuetudinaria infidelidad conyugal y su fervor revolucionario más allá de las con-

veniencias políticas, pero hasta el presente, 160 años después de su muerte, nadie ha podido probarle un solo acto deshonesto. No existe acuerdo todavía acerca de su conducta ética en la memoria global centroamericana, e incluso en Costa Rica, donde los textos escolares condenan su presencia, uno de los hermosos parques de la capital josefina lleva su nombre y el exigente historiador Carlos Meléndez Chaverri ha solicitado públicamente que se le someta a una justa reivindicación.

En Guatemala, el nombre de Rafael Carrera despierta júbilo en algunos y repugnancia en otros. Analistas serios como José Mata Gavidia, cuyo libro *Anotaciones de historia patria* ha sido utilizado durante decenios como texto educativo, vacilan entre condenar su feroz Presidencia Vitalicia, dictadura que duró 30 años, alabar su dedicación a la obra material, incluso comparándolo con la figura prócer de Mariano Gálvez. Según Mata Gavidia, Carrera impone “su férrea disciplina en el caos reinante” de la época, denotando así su admiración por una habilidad organizativa que no puede perdurar sin sustancia ideológica, de la cual el líder carecía, a no ser que se le considere una simple virtud animal (Mata Gavidia, 1969).

Podríamos citar muchas otras opiniones contrarias, cientos de ellas, pero no aspiramos a elaborar un catálogo de disensiones. Para un diálogo posterior podríamos quedar, por ejemplo, las conductas entre protagonistas como Estrada Cabrera y Arbenz Guzmán en Guatemala, o Froylán Turcios y Augusto César Sandino, o entre éste y Farabundo Martí; del “amado” dictador Braulio Carrillo y de aquel héroe casto que fue Juan Rafael Mora en Costa Rica, fusilado por él en

1860; las inclinaciones gnósticas del tirano Hernández Martínez o de Juan Lindo, presidente foráneo que tuvo El Salvador y que fundó su universidad nacional, o bien las contradicciones de esa etapa tan próxima a nosotros, las décadas de 1980 y 1990, en que Centroamérica se transformó en epicentro de la guerra fría al enfrentarse en su territorio doctrinas tan opuestas como el capitalismo y el marxismo.

Pero antes de acabar sólo deseo referirme a otras dos ricas vertientes que marcan el tránsito hacia la definición de la identidad comunal por el que navegamos actualmente los centroamericanos, deseosos de así contribuir a fortalecer los ideales de la integración.

Las heroínas. En Centroamérica, la plataforma histórica tradicional, e incluso la actual, son de carácter predominantemente machista, pues las mujeres parecen carecer de presencia social. Esto obedece, desde luego, a causas contextuales, pero es interesante que, en su generalidad, la historia del istmo no solamente haya sido escrita por hombres, sino protagonizada por ellos casi en su totalidad.

Con la excepción de una gobernante maya que cofundó la dinastía de Copán hacia el año 300 d. C. y cuya tumba real se acaba de descubrir (Fash y Agurcia, 1996); de la Malinche, que no es nuestra, pero que presuntamente anduvo por Centroamérica, dejándonos su huella perturbadora; de la heroína Rafaela Herrera, que a los 19 años de edad contribuyó a defender el fuerte de San Carlos en Nicaragua (1762); de María Manuela Rodríguez Mojica, cristiana capturada por un jefe misquito en Juigalpa, Nicaragua (1782), cuyo romance pudo

haber cambiado el curso de la historia (Floyd, 1990); de Dolores Bedoya de Molina, genial activista, agitadora vivaz durante la época de la independencia en Guatemala; y de las miles de “vivanderas” o mujeres de las clases bajas que acompañaban a sus hombres en las revoluciones y guerras intestinas, y que son ya, para siempre, copartícipes anónimas de la formación psicológica centroamericana; con excepción de ellas y de unas pocas más —repito—, muy pocas muestras de la acción femenina ostenta cada país, pues los anales previos al siglo XX están colmados de nombres de varón y raramente de mujer.

La religión. El segundo aspecto que deseo subrayar es el de la religión. Como es sabido, Centroamérica fue hasta el siglo XVII predominantemente católica, pero a partir de ese período, cuando los agentes ingleses comienzan a intervenir en la vida regional, el credo moravo se impone en una amplia franja del istmo, la de los pueblos de La Mosquitia, y empieza a cambiar notablemente el peso de la concepción romana de la relación entre el hombre y la deidad. Miles de páginas han sido escritas en torno a este fenómeno, pero ahora sólo interesa destacar la presencia del credo en ese mismo proceso de identidad que nos ha ocupado esta noche.

El elemento religioso centroamericano fue esencial para impulsar la conquista española, así como para consolidar el sistema colonial. Adquirió, por otro lado, un protagonismo trascendente con Fray Bartolomé de Las Casas, cuyas denuncias llevaron a la emisión de las Leyes Nuevas en 1542, así como en el momento de la independencia en 1821, cuando varios

conatos de rebelión y conspiraciones autonomistas —un ejemplo es la de Belén en Guatemala— alimentaron y precipitaron el gesto rebelde. Esto en el rubro positivo.

No obstante, fue el segmento religioso el que se opuso radicalmente a la federación liberal, obstaculizando sus proyectos al adherirse a la facción conservadora de Rafael Carrera. En la Centroamérica del siglo XIX, el clero no vaciló en hermanar su astucia política con la teología y el dogma. Para destruir la confederación, se alegó *in canonis* que la monja Santa Teresa de Jesús de Aycinena, hermana del Marqués de Aycinena (en la Guatemala de 1829), recibía cartas directas de Dios con las directrices tácticas para combatir al ateo liberal Morazán (Escoto, 1996).

Entre 1715 y 1747 aparecen milagrosamente las vírgenes y santos centroamericanos. De pronto, como si Dios se hubiera acordado de Centroamérica, en Nicaragua emerge Santo Domingo de Guzmán (estatuilla encontrada por el indio Juan en la sierra de Managua, 1715); en Honduras, Nuestra Señora de la Concepción de Suyapa (1747, hallada por el labrador Alejandro Colindres); en El Salvador, la Virgen de La Paz, de San Miguel; en Costa Rica, la Virgen de Los Ángeles y en Panamá, el Cristo Negro de Portobelo y Veraguas (Barceló, 2000).

La región centroamericana entera brilla súbitamente iluminada por la gracia celestial. Los diezmos se incrementan, las cofradías renacen, los seminarios y monasterios se vuelven a poblar y se inician los ambiciosos proyectos de las catedrales, siendo el de Panamá el más lento, pues la construcción tardó 109 años. La religión católica operó entonces como un

fuerte elemento de anclaje al terruño, y a la vez de diseminación de la superstición.

En 1983 se dio en Nicaragua un curioso caso de fervor "manipulado". A fin de conseguir el respaldo popular contra el gobierno, las autoridades de la Iglesia ingeniaron un último recurso. Por la noche metieron en un congelador, en secreto, la imagen en cerámica de la Virgen María, y la dejaron allí algunas horas. Al alba la volvieron a colocar en su nicho habitual, visitado desde temprano por fieles que ansiaban sus bendiciones. Lógicamente, el busto de la madona comenzó a transpirar en el calor agobiante de Managua, y el fenómeno fue oportunamente señalado por los clérigos como señal de que la Madre de Cristo sufría por el ateísmo y las propuestas políticas paganas. Al poco tiempo el truco se develó, pero en la conciencia de muchos devotos el milagro nunca estuvo en duda.

No obstante, en la década de 1970 la teología de la liberación saldó una cuota compensatoria. Promulgando un espíritu humanitario a favor de los pobres, abrió las fuentes del conocimiento y la imaginación a millones de fieles, haciéndoles ver que entre la felicidad de Dios y la dignidad en la Tierra no hay conflicto teológico. Pero en la década de los ochenta se impuso una nueva ola de superstición. Hoy en día operan en la región más de 380 sectas religiosas, muchas de ellas financiadas políticamente desde el exterior. Estas sectas ocupan púlpitos y espacios en emisoras de radio y televisión.

También existe esta otra Centroamérica: la de la picardía y el invento; la de la astucia y la malicia; la de la humildad engañosa del indígena explotado; la de la dualidad del ladino con su gran capacidad de adaptación; la de generaciones

jóvenes que idolatran a Britney Spears y sufren por no poder saciar sus antojos, a la vez que otros sufren por no poder saciar sus necesidades. Este mundo es igual al resto del mundo, desde luego, pero a la vez busca ocupar un lugar singular entre los pueblos con su propuesta propia y su común “individualidad”.

También existe la Centroamérica de la maravilla, que a menudo nos hace preguntarnos si residimos en el paraíso de la lógica o en el de lo insólito. En Centroamérica se celebró la primera misa del continente americano, cuando Cristóbal Colón arribó a Punta Caxinas (Trujillo, República Dominicana) en 1502, y ella es el único sitio de América donde hay un paso transoceánico edificado por el hombre; donde hay jueces que visten capa, guantes y peluca cuando celebran sus sesiones (Belice), y donde estuvo situada la primera capital de todo un vasto reino, el de Guatemala, cuyo perímetro coincide con las delimitaciones del “Plan Puebla-Panamá” del actual Presidente de México.

Es una región de corta memoria, poco rencorosa, que permite al dictador Tiburcio Carías Andino morir tranquilo en la cama, pero también es la región del mundo cuyas monedas —balboa, colón, lempira, quetzal, córdoba— evocan sus raíces, y cuyos movimientos guerrilleros —Farabundo Martí, Frente Sandinista, Frente Morazanista, Comando Tecún Umán— llevan nombres alusivos a antepasados rebeldes.

Si las contratas bananeras del siglo XX se hubieran cumplido, Honduras tendría hoy la red de ferrocarriles más extensa del istmo. Sin embargo, Tegucigalpa es la única capital del continente donde no pasa el tren. Hasta 1950, las personas de

raza negra tenían prohibido entrar a San José de Costa Rica, pero Belice las reivindicó al erigir el único monumento de la región centroamericana dedicado al pueblo garífuna.

En Nicaragua hay una fuente que silba; Costa Rica tiene la única rana venenosa de América; en Honduras cada julio llueven peces en una zona del Departamento de Yoro. Panamá es el único país de América donde el sol sale en el Pacífico y se pone en el Atlántico. En Guatemala el Cristo Negro de Esquipulas tiene tantos devotos como el Jesucristo blanco. En San Salvador se levanta el único monumento del orbe dedicado a un patrono que no es parte de la comunidad de santos: el Salvador del Mundo.

Colofón

Como habrán advertido, esta conferencia no es un tratado académico, sino una provocación intelectual, ya que no está en mis propósitos agotar siquiera parcialmente ese fenómeno inquietante y a la vez esperanzador que es Centroamérica. Quedan cientos de temas por abordar. Entre ellos revisten importancia vital el de la intervención en la zona de todos los imperios modernos, que, en el proceso de lograr sus metas, han variado constantemente el destino y la identidad de la región; la injusta acumulación de intereses de la deuda externa, que merma no sólo los presupuestos nacionales y los proyectos socioeconómicos, sino también las ilusiones mismas; el sueño de una revolución prometida que arribó a Centroamérica pero que se pervirtió, al igual que los gobiernos de sus rivales conservadores; la miopía de una burguesía y de una población joven que nacieron sin rasgos

de heroicidad y que prefieren contemplar la realidad desde la pantalla del televisor, a distancia de la vida misma.

Sin embargo, también hay una Centroamérica que, no obstante las catástrofes y las influencias negativas, sigue sin perder su identidad; una Centroamérica de profesionales y obreros honrados, de millares de individuos que se resisten a aceptar la corrupción de sus políticos y que esperan alterar ese oscuro panorama; una Centroamérica de poetas, artistas y pensadores que, pese a su habitual represión y discriminación económica, continúan creando; una Centroamérica de millones de niños que asisten a la escuela, pese a todo orden de dificultades, para edificar una nueva región, y de padres que los educan con admirable dignidad.

Centroamérica es, en resumen, un pueblo que busca lo que fue, no para repetirlo sino para mejorarlo. En esa pródiga tierra hoy se produce un proceso de cambio cada vez más sensible, y mientras conserve su natural deseo de transformación, no cabe duda de que ha de triunfar la esperanza, savia vital que la alimenta día por día.

Muchas gracias a todos.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Indira', written in a cursive, flowing style.

BIBLIOGRAFIA

- Acuña Ortega, Víctor, ed., 1992, “Las repúblicas agroexportadoras (1870-1945)”, en Varios. *Historia general de Centroamérica*, España: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Sociedad Estatal V Centenario.
- Antúnez, Rubén, 1989, “Patriotas cubanos en el Departamento de Cortés”, *Revista Imaginación* (SPS, Honduras) (sept.-dic.):1-4.
- Barahona, Marvin, 1991, *Evolución histórica de la identidad nacional*, Tegucigalpa: Guaymuras.
- Barceló, José M., 2000, *La Inmaculada Concepción de Suyapa*, San Pedro Sula: Editorial Coello.
- Bronowski, J., 1973, *The ascent of man*, Boston: Little, Brown & Co.
- Cáliz Suazo, Miguel., 1997, *La posteridad nos hará justicia: diario de Morazán y Saravia en Costa Rica*, vol. III, Tegucigalpa: Editorial López.
- Escoto, Julio, 1996, *El General Morazán marcha a batallar desde la muerte*, 3.^a reimpresión, San Pedro Sula: Centro Editorial.
- Fash, William y Ricardo Agurcia Fasquelle, 1996, *Visión del pasado maya*, San Pedro Sula: Centro Editorial.
- Flores Andino, Francisco A., 1989, “El reino de La Mosquitia”, *Revista Imaginación* (SPS, Honduras) (sept.-dic.):1-4.
- Floyd S., Troy, 1990, *La Mosquitia, un conflicto de imperios*, San Pedro Sula: Centro Editorial.
- Fuentes y Guzmán, Antonio de, 1933, *Recordación florida (...)*, tomo III, Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia.
- Leiva Vivas, Rafael, 1982, *Tráfico de esclavos negros a Honduras*, Tegucigalpa: Guaymuras.
- Martínez Castillo, Mario Felipe, 1989, *Los últimos días de Lempira y otros documentos*, Tegucigalpa: Editorial Universitaria.

- Mata Gavidia, Antonio, 1969, *Anotaciones de historia patria centroamericana*, Guatemala: Editorial Universitaria.
- Meléndez, Armando Crisanto (Auyujuru Savaranga), 1987, *Adeija. sisira gererum aguburigu garínagu* [El enojo de las sonajas; palabras del ancestro], Tegucigalpa: Fondo de Información Garífuna.
- Menton, Seymour. *Caminata de la narrativa latinoamericana*, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica (por aparecer en julio de 2002).
- Ortega, Miguel R., 1991, *Morazán, laurel sin ocaso: biografía*, Tegucigalpa: Hondupack.
- Pastor Fasquelle, Rodolfo, 1995, *Historia de Centro América*, México, D.F.: Colegio de México.
- Pinto Soria, J. C., 1992, "El régimen colonial (1524-1570)", en Varios. *Historia general de Centroamérica*, España: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Sociedad Estatal V Centenario.
- Sebreli, Juan José, 1992, *El asedio a la modernidad*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Sosa, Roberto, 1999, *Documentos para la historia de Honduras*, Tegucigalpa: Editorial López.
- Woodward, Bob, 1987, *Veil: The secret wars of the CIA, 1981-1987*, New York: Simon & Schuster, Inc.

Julio Escoto (Honduras, 1944) es autor de reconocidas obras literarias, entre las que destacan las novelas *Rey del albor. Madrugada*, *El General Morazán marcha a batallar desde la muerte*, *El árbol de los pañuelos*, y *Bajo el almendro, junto al volcán*. Ha sido otorgado el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa de Honduras (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990), entre otros. Es autor de más de 500 artículos periodísticos en las páginas culturales de los diarios centroamericanos, y ha escrito más de 60 ensayos de análisis, historia y crítica literaria para revistas como *Alero*, *Conjunto*, *En ancas*, y *La prensa literaria de Nicaragua*.

Seymour Menton, en el suplemento literario *Ancora de La nación* (Costa Rica), dice así: “Casi siete décadas después de la publicación de *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos, Julio Escoto publicó *Rey del albor. Madrugada* (1993) [...] que podría ser la primera novela cibernética de toda la América Latina [...] y una de las mejores novelas centroamericanas de las últimas décadas. El hecho de que todavía no se haya aplaudido continentalmente se debe a la poca difusión de libros publicados en Honduras y a su configuración física: consta de 547 páginas con márgenes mínimos y renglones apretados”.

Edición: María Luisa Clark
Diseño: Cecilia P. Jacobson

Otras publicaciones disponibles de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*
Diálogo con José Donoso, novelista chileno,
autor de *Casa de Campo*.
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*
Germán Arciniegas, periodista, historiador
y diplomático colombiano.
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*
Rigoberta Menchú, líder indígena
guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz
en 1992.
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora
paraguaya.
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*
Alfonso Sastre, dramaturgo español.
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*
Edward Villella, bailarín estadounidense,
director artístico del Ballet de la Ciudad
de Miami.
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*
Zee Edgell, novelista beliceña,
autora de *Beka Lamb*.
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela
Quiteña*
Magdalena Gallegos de Donoso,
antropóloga ecuatoriana.
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente
y función en las artes de Japón*
Ann Yonemura, curadora norteamericana
de arte japonés de las Galerías Freer
y Sackler de la Institución Smithsonian.
No. 10, marzo de 1995.
- *Hacia el fin del milenio*
Homero Aridjis, poeta mexicano,
ganador del Premio Global 500 de las
Naciones Unidas.
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*
Edwidge Danticat, novelista haitiana,
autora de *Krik! Krak!*
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de
la Universidad de Chicago.
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad
(siglos XVI - XVIII)*
Manuel Burga, sociólogo peruano de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos,
Lima.
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha
por el poder interpretativo*
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la
Universidad de Stanford.
No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del
milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl*
David Carrasco, historiador norteamericano
de la Universidad de Princeton.
No. 16, junio de 1996.

- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*
Roberto Sosa, poeta hondureño.
No. 20, mayo de 1997.
- *La arquitectura como un proceso viviente*
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.
No. 21, julio de 1997.
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*
Daniel Catán, compositor mexicano de opera, incluyendo *Florenia en el Amazonas*.
No. 22, agosto de 1997.
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI*
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para escritores en 1997.
No. 23, enero de 1998.
- *De vuelta del silencio*
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.
No. 24, abril de 1998.
- *Como se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina*
Roberto Suro, periodista estadounidense del *Washington Post* en Washington D.C.
No. 25, mayo de 1998.
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá
No. 26, julio de 1998.
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.
No. 27, agosto 1998.
- *Un país, una década*
Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.
No. 28, setiembre de 1998.
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.
No. 29, setiembre de 1998.
- *Hecho en Guyana*
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador del Premio Whitbread y el Premio Malcolm X de Poesía.
No. 30, noviembre de 1998.

- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense,
Vicepresidente de su país, autor de
Margarita, está linda la mar.
No. 31, mayo de 1999.
- *Mito, historia y ficción en América Latina*
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino,
autor de *Santa Evita*.
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración
latinoamericana*
Leopoldo Castedo, historiador español-
chileno.
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de
la identidad cultural*
Miguel Huevo Mixco, periodista y poeta
salvadoreño.
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*
Nélida Piñon, novelista brasileña,
autora de *República de los sueños*.
No. 35, noviembre 1999.
- *Le Grand Tango: la vida y la música
de Astor Piazzolla*
María Susana Azzi, antropóloga cultural
argentina y miembro del directorio de la
Academia Nacional del Tango en Buenos
Aires.
No. 36, mayo de 2000.
- *El fantasma de Colón: el turismo, el arte y la
identidad nacional en las Bahamas*
Ian Gregory Strachan, profesor de inglés
en la Universidad de Massachusetts
en Dartmouth, y autor de la novela
God's Angry Babies.
No. 37, junio de 2000.
- *El arte de contar cuentos: un breve repaso a la
tradición oral de las Bahamas*
Patricia Glington-Meicholas, presidenta
fundadora de la Asociación de Estudios
Culturales de las Bahamas, y ganadora de la
Medalla Independence de Bodas de Plata
en Literatura.
No. 38, julio de 2000.
- *Fuentes anónimas: una charla sobre
traductores y traducción*
Eliot Weinberger, editor y traductor de
Octavio Paz, y ganador del premio PEN/
Kolovakos por su labor
como promotor de la literatura hispánica
en los Estados Unidos.
No. 39, noviembre de 2000.
- *Trayendo el arco iris a casa:
el multiculturalismo en Canadá*
Roch Carrier, director del Consejo Cana-
diense para las Artes (1994 -1997), y el cuar-
to Director de la Biblioteca Nacional de su
país.
No. 40, febrero de 2001.
- *Una luz al costado del mundo*
Wade Davis, explorador residente de la
National Geographic Society y autor de *The
Serpent and the Rainbow* [La serpiente y el arco
iris] y *One River* [Un río].
No. 41, marzo de 2001.
- *Como nueces de castaña: escritoras y cantantes del
Caribe de habla francesa*
Brenda F. Berrian, profesora de la Universidad
de Pittsburgh y autora del libro *That's the Way
It Is: African American Women in the New South
Africa*.
No. 42, julio de 2001.

- *El capital cultural y su impacto en el desarrollo*
Camilo Herrera, sociólogo colombiano, investigador del Observatorio de Cultura y Economía de la UNESCO en 1998; en 2000 fundó y dirige el Centro de Estudios Culturales para el Desarrollo Político, Económico y Social, en Santafé de Bogotá, Colombia.
No. 43a, octubre de 2001.
- *“Downtown” Paraíso: reflexiones sobre identidad en Centroamérica*
Julio Escoto, novelista hondureño ganador del Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa de Honduras (1974), el Premio Gabriel Miró de España (1983) y el Premio José Cecilio del Valle de Honduras (1990).
No. 44, enero de 2002.
- *La modernización, el cambio cultural y la persistencia de los valores tradicionales*
Basado en el artículo de Ronald Inglehart, profesor de Ciencias Políticas y director de Programa en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan.; y Wayne E. Baker, director del Centro para la Sociedad y la Economía en la Escuela Empresarial y profesor asociado en el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan.
No. 43b, febrero de 2002.
- *Las industrias culturales en la crisis del desarrollo en América Latina*
Néstor García Canclini, destacado filósofo y antropólogo argentino, ganador del Premio Casa de la Américas (1981) por su libro *Las culturas populares en el capitalismo*, y director del programa de Estudios Culturales Urbanos en la UNAM, Iztapalapa, México.
No. 43c, abril de 2002.

-
- Versiones en inglés y en español

La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.

Banco Interamericano de Desarrollo

CENTRO CULTURAL DEL BID

1300 New York Avenue, N.W.

Washington, D.C. 20577

Estados Unidos de América

Tel: (202) 623-3774

Fax: (202) 623-3192

IDBCC@iadb.org

www.iadb.org/exr/cultural/centerI.htm